

No todos son Petroleros

WALDO FRANK Y EL INDIO AMERICANO

Por JOSÉ JUAN TABLADA

No; por fortuna no todos los norteamericanos ven a México atraídos sólo por sus riquezas materiales; no todos tratan de poner en acción, haciéndonos sus víctimas, aquel famoso exhorto del sajón agonizante a su hijo: —Haz dinero, hijo mío; honradamente si puedes; pero si no... haz dinero!

No sólo no todos los americanos del Norte son «dollar chasers», apodo que tanto escozor le causaba a Mr. Wilson, sino que una vivaz y luminosa reacción se produce en contra del viejo puritanismo y su Constitución a base de oligarquía y su Unión semejante a una gigantesca Cámara de Comercio; en contra de los procedimientos radicalmente utilitarios del «pioneer» (llamémosle en español: gambusino) y en fin contra el pragmatismo americano que destruye la facultad emocional, estética y espiritual del hombre, convirtiendo a la Sociedad en una Máquina y a la Vida en un maquinismo sin otro fin que la utilidad material; el amplio margen en la compra-venta; el macizo porcentaje que suda la inversión atinada...

A ese pragmatismo el judío pululante ha llevado su ardor, místico hasta el masochismo, y ha limpiado el camino de esa «Marcha hacia la Estrella» (que aquí es un dólar) llegando al extremo de negar el Arte, por boca del crítico anestésico Leo Stein y concluyendo por destruir la religión, afiliándose a esas «Sociedades para la cultura Ética», inventadas por el doctor Adler, hijo de rabino, que un autor define así:

«Ética que significa la supresión de todo lo místico, de todo lo que, en cualquier sentido, puede distraer el interés humano de los negocios inmediatos de un mundo comercial».

Shylock en Norteamérica ha hecho pues, más que en el mundo de Shakespeare... Aquí ha renegado de Sabbath, ha tapiado la puerta de la Sinagoga y ha matado a Jehová, sofocándolo dentro de una caja fuerte...

Contra todo eso (y de todo eso hallaréis un poco en el alma obscura y brutal del petrolero), endereza la juventud americana su noble reacción espiritual.

Muchos son los paladines de esa Guerra Santa; llámanse Dreiser, Masters, Carl Sandburg, Anderson, Boot. Pero a la cabeza de todos ellos, a mi modo de ver, va Waldo Frank, hondo pensador, alto espiritualista y escritor de estilo prestigioso.

Su libro «Nuestra América» (coincidencia curiosa: título igual al de la obra de Bunge y semejante índole, aquél sobre la América del Norte; éste sobre la del Sur y ambos clarividentes!) exaltado y consagrado por la crítica, realiza una doble función de justicia: Señala las deficiencias y las debilidades del pueblo de Norteamérica y encomia generosamente las virtudes del pueblo mexicano.

En alguna crónica anterior revelé a los lectores el alto concepto que otro meritísimo publicista americano, Mr. Jay S. Stowell, autor de «The Nearest Side of the Mexican Question», tenía de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos; y ahora me complazco en revelar los halagüeños juicios de Waldo Frank.

Pero antes de tratar lo que a los mexicanos concierne directamente, vean los lectores el concepto que le merece el «Indio» al sutil psicólogo:

«...Un gran mundo de variada cultura existía ya en América antes de la llegada del «pioneer». América estaba poblada. Desde el extremo noroeste (según toda probabilidad) tribus prehistóricas habían hallado su camino procedentes del Asia. En ciertos lugares, esos misteriosos peregrinos parecen haber perdido sus viejas culturas, o por lo menos, no haber realizado ninguna nueva y considerable; pero en otros lugares fijaron gradualmente un estado cultural quizás no muy diverso — material y espiritualmente — del de los primitivos pastores hebreos. Pero existieron regiones en donde surgieron, del vasto torrente étnico, grandes pueblos; modeladores de belleza, maestros de orden público, adoradores de un Dios verdadero.

«Por doquiera, las culturas que llamamos Indias—simbolizando y perpetuando nuestra ignorancia en el falso nombre—fueron de naturaleza espiritual, dirigidas hacia una grandeza espiritual que nos es dado medir... Y por doquiera esas culturas fueron sepultadas por el alud caucásico.

«En los países latinos, no fueron sepultadas por completo, porque sus conquistadores no eran bastante «pioneers». (Aquí un paréntesis: «pioneers» fueron aquellos que dijeron: «el único indio bueno es el indio fusilado».) No fueron lo bastante densos en el flujo de sus masas para aniquilar al indio. Dos mundos se arremolinaron mezclándose y tal amalgama de contienda y flujo interminable, explica

el estado febril de Sudamérica y México, donde los amos blancos no son lo bastante poderosos para destruir y los destruidos a medias no son bastante fuertes para surgir y dominar.

«Pero en Norte América — nuestra tierra — la tarea estuvo bien hecha. Donde quiera que vayamos Maine, Florida, Oregon, Texas, la tierra que pisamos es un lugar de muerte. Bajo nuestros pies, yacen sepultados los restos de un mundo humano...

«En los parajes centrales de Yucatán y Guatemala, ese mundo alcanzó quizás su apogeo. Los Mayas construyeron grandes ciudades y sacaron belleza de las rocas y la derramaron sobre los muros de sus templos, formas profundas de belleza cuya semejanza sólo en India o en Egipto puede hallarse. Escribieron libros que aun permanecen indecifrados, pues el celo jesuítico triunfó al destruir el vasto acervo. Pero las ruinas de su grandeza en medio de las selvas tropicales no son difíciles de leer! Nos hablan de un rico y fértil pueblo, refinado en obras espirituales y estéticas...

«El norteamericano prefiere no discurrir sobre el efecto de la invasión blanca en la naturaleza india. El hombre blanco llamó al indio sanguinario, traicionero... Y el indio no hacía más que defender su mundo...! y cuando vió que sus flechas se despedazaban contra el «pioneer» (monstruo de acero) tornose en verdad desesperado y cruel en ocasiones. Pero por fortuna el indio no se ha ido todavía. Y en su espíritu, sus obras, su fisonomía de hoy después de siglos de violencia y centurias de brutal contacto con culturas contra las que no pudo precaverse, podemos aún leer la respuesta a nuestra ignorancia.

«Donde quiera que el indio habitó, en populosas ciudades o en campamentos, vivió una vida espiritual, tan verdadera y tan profunda, que aun hoy la bota del «pioneer» no ha logrado borrar».

*

¡Cuán lejos estamos, cuán por encima de los limbos donde se producen las películas soeces y difamatorias, los libros y los periódicos antimexicanos, gratos a Doheny y a su «clique»!

¡Qué albor de Justicia apunta en las cúspides de la joven intelectualidad norteamericana, irradiando sobre los verdaderos caracteres de nuestro pueblo prístinas luces de verdad...!

En próximo artículo verán los lectores cómo ante la mirada clarividente de Waldo Frank, la espiritualidad mexicana cae, desde arriba, sobre el utilitarismo americano aferrado a la corteza de la tierra.

New York, agosto de 1921.

(Excelsior, México).